

EL CONVENTILLO

DE

BUENOS AIRES

por

S. ESTRADA



BUENOS AIRES

Imprenta RURAL, calle de Belgrano número 101

1 8 7 4

Las palabras que sirven de epígrafe á estas líneas producen en quien las escucha ó pronuncia aquí algo parecido al calofrío premonitor del cólera del Asia y de la fiebre de la India.

El conventillo no es precisamente el conventículo, que supone una reunion de gentes de malas costumbres; no es el lugar en que, segun el diccionario de la lengua castellana, se acoplan mugeres perdidas; no es el falansterio de Fourier, económico, útil y magnífico, en el cual debia morar la comunidad de familias dedicadas á las tareas domésticas, agrícolas, industriales y científicas; no es la habitacion desmantelada, revuelta, pobre, ocupada por el bohemio del barrio latino de ~~Paris~~, con sus horas de alegría, con sus dias de esplendor, con sus recuerdos báquicos, artísticos y galantes; no es

aquella guardilla, vecina al cielo, en que la obrera trabaja y vela á su madre enferma, sin cortinas bordadas, pero con flores en los balconillos, sin plata labrada, pero con utensilios de estaño que brillan como de plata. sin cuadros de precio, pero adornada con algun grabado expresivo y simpático; no es tampoco la casa modesta y limpia, alegre y ventilada del obrero de Paris. No se puede llamar al conventillo de Buenos Aires el cielo ni tampoco el tabernáculo de la santa pobreza. Semejante á las pocilgas humanas de la ciudad de Lóndres donde por un cobre duermen los que no tienen hogar, —mendigos, fugitivos y perdidos,—él es pudridero de la pobreza y mina de oro de la avaricia.

En todos los barrios de Buenos Aires, centrales ó lejanos, se encuentra aglomeraciones de gentes que viven procreando hijos para el sepulcro, haciendo ahorros para vivir mejor en los años venideros; ahorros que son la causa por la cual mueren de la manera mas miserable. Tales gentes tienen por cubierta, **por** techo, por casa, por hogar el conventillo.

El terreno cuadrado ó cuadrilongo que él ocupa pertenece **generalmente** á un rico que lo alquila á un empresario de viviendas para pobres. Algunas veces el mismo rico construye

las habitaciones, de madera en la jeneralidad de los casos, de ladrillo y barro en las excepciones. El número de las celdillas está en razon directa de la avaricia del dueño ó del arrendatario. Casi siempre las construyen en ambos lados del terreno, dejando en el centro una calleja que sirve á los inquilinos de entrada y de salida, de patio, cocina y lavadero; esta calleja es el intestino recto del conventillo.

En aquellas habitaciones no tiene, por decontado, cada uno de sus moradores los treinta y cinco metros cúbicos de aire respirable que necesita el hombre para vivir en buenas condiciones higiénicas; mas aún, el escaso aire que contienen no es renovable. Cuando está ocupada, la ratonera del conventillo recuerda las cajas de lata repletas de mariscos. Los hombres, las mujeres y los niños, los perros, los loros y las gallinas viven y duermen estibados. En algunos de esos cuartos hay anaqueles que desempeñan las veces de camarotes superpuestos ó de los tinglados de los gallineros. No falta negociante que haya injeniado otros medios de alojamiento para los pobres é inmigrantes. Se dice que en ciertos conventillos se alquila por la noche el piso del patio, dividido en fracciones del tamaño de una sepultura. Algunos posaderos de la muer-

te arriendan lo que llaman «cama caliente». En la cama caliente duermen sucesivamente tres y mas personas, que esperan á que les llegue el turno sentadas en los umbrales del conventillo. Se refiere, tambien, que existen cuartos atravesados á lo largo por una cuerda denominada «maroma», en la que se apoyan por los sobacos algunos bárbaros que duermen de pié como los gansos y las grullas.

El sol, que es la fuerza motriz del universo, pues «calienta, vivifica, magnetiza, é ilumina todo lo creado,» no penetra en aquellos caños maestros rellenos de inmundicias vivas y estancadas. El árbol, que absorve el carbono y deja en libertad el oxígeno, no brota en la tierra podrida de semejante basural, porque le falta espacio allí donde la avaricia no pierde una pulgada de terreno. El agua impura que orijina la fiebre palúdica, que enjendra la fiebre amarilla donde brotan las orquídeas, que envenena con las emanaciones de las lagunas Pontinas á los habitantes de una parte de los Estados Pontificios, que producía la dispepsia en Liverpool y Glasgow, que es el mejor vehículo del cólera, es el agua que bebe el habitante del conventillo de Buenos Aires.

Decia Brillat-Savarin: «dime lo que comes

y te diré quien eres». Averiguando lo que comen los moradores de esas casas, que son otros tantos ejemplares de la Morgue de Paris, pues en ellas puede encontrar la Policía á todos los desaparecidos sin nombre, á todos los muertos ignorados, se puede saber quienes son los que las habitan.

Encienden carbon en la puerta de sus celdillas los que comen puchero: esos son americanos. Algunos comen legumbres crudas, queso y pan: esos son los piamonteses y genoveses. Otros comentocino y pan: esos son los asturianos y gallegos. El conventillo es el reino de la ensalada cruda.

Es sabido que para la conservacion de la salud es necesario que la alimentacion sea mista. Las sustancias alimenticias se dividen en varias clases, cada una de las cuales desempeña en la economia del hombre una funcion diferente. Unas dan materia á la formacion de los tejidos; otras son de esencia para la formacion de los tejidos nervioso y muscular, y en virtud de su riqueza en hidrójeno y carbono son los agentes en las funciones que orijinan el calor; unas producen la fuerza mecánica, otras son indispensables para la dijestion.

Si se tiene en cuenta que el aire impuro mata

al minero de Inglaterra, que el cajista de imprenta se envenena con las emanaciones del plomo, que los pintores mueren víctimas del cólico producido por la inhalacion de los efluvios de las tierras preparadas y convertidas en tintas; si á esto se agrega los efectos de una mala alimentacion, y si al aire viciado y á la mala alimentacion se añade los efectos morbosos de los vestidos inadecuados á las estaciones ó sucios, y la falta de abluciones que entorpece la traspiracion, pues el desaseo ciega los poros del cuerpo, se convendrá en que cada uno de los conventillos de Buenos Aires es un taller de epidemias; en que cada una de sus inmundas camas es el tálamo en el cual la fiebre amarilla y el cólera se recrean en interminable y fecunda cópula.

Acabamos de arrojar una lijera mirada sobre el conventillo de Buenos Aires, aduar del inmigrante avaro que muere en la miseria, revolcándose en la inmundicia y revolcando con su cuerpo la libreta del Banco, que representa sus ahorros, cosida á la espalda de su camisa, adherida por la mugre al cuerpo é instrumento de muerte como la túnica de Deyanira.

Fijémonos ahora en los detalles de esa monstruosidad, de ese cáncer que es necesario caute-

rizar con el hierro emblanquecido por el fuego.

El conventillo tiene de comun con los sepulcros el blanqueo exterior y la podredumbre interior; pero guarda en sus entrañas corrompidas algo que no se encuentra en las tumbas: la lepra moral.

Enjambres de moscas zumbadoras é hidrofóbicas, parecidas á las de Montfaucon, hormiguan en el zaguan del conventillo y pasan alternativamente de algun puchero puesto al fuego á la corriente tortuosa de agua podrida que surca el mal enladrillado patio. Allí, en el fondo, fermenta la basura, conjunto heterogéneo de huesos, papeles, recortes de lienzo, cáscaras de frutas contrabandeadas, coles descompuestas y yerba mate usada, esperando que le llegue la hora de atravesar la ciudad exhalando los últimos restos de sus miasmas. Las paredes de los calabozos llamados dormitorios contienen pegotes de sebo, tiznes de mechas de candil, humedad, verdin, vegetaciones de parásitos, costuras de inmundicias difíciles de reconocer, exudaciones y manchas producidas quizas por los vómitos de algun colérico abandonado. En una palabra: penetrar en un conventillo es para la vista y el olfato como penetrar en un gran estómago de entorpecida digestion.

Habitan tales antros jentes de todas las profesiones, sexos y edades: lavanderas, cocineras, peones, obreros; viejos, jóvenes y niños desconocidos, porque en ningun empadronamiento figuran sus nombres. El conventillo es la olla podrida de las nacionalidades y las lenguas; es la guarida en que muchos inmigrantes ocultan los hijos nacidos aquí para librarlos de las cargas de la ciudadanía; es el teatro de amores, de dramas y de tragedias ignotos porque nuestra Policía no tiene el ojo del águila ni la vigilancia del gallo. Pero ¿qué extraño es que la Policía no conozca á los pobladores del conventillo si ellos mismos apénas se conocen entre sí? Para los que lo habitan parecen dichas aquellas palabras: «entran sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse.» En ellos crecen como la mala yerba centenares de niños que no conocen á Dios, pero que dentro de poco tiempo harán pacto con el diablo. Carecen de la luz del sol, y se desarrollan raquíticos y enfermizos como las plantas colocadas en la sombra: carecen de la luz moral, y se desarrollan miserables, egoistas, sin fuerzas para el bien. Son, pues, una doble amenaza: amagan la salud pública y amagan la moral pública. Es imájen de la sociedad indiferente que los olvida la cierva helada por las nieves del

Norte de Europa, cuyas tetas chupa el cervatillo sin sacar de ellas ni calor ni sustento.

No pedimos para el conventillo de Buenos Aires leyes hijiánicas tan estrictas como las que Moisés dictó al pueblo judío y se registran en el Levítico; pero es racional exigir la vijilancia de ese foco perenne de muerte y de degradacion. Se comprende que en la hora del peligro se reunan los hombres, como se reunen las ovejas del rebaño durante el aguacero, para prestarse mutuamente amparo, proteccion; pero no es comprensible que se tolere la reunion de hombres inmundos y avarientos para enjendrar enfermedades y propagar entre ellos mismos los jérmenes de la descomposicion y de la muerte.

Hace poco tiempo que el ruido sordo, hueco, que producian los terrones al caer sin intermision sobre setecientos ataudes rellenos en un solo dia, desempeñaba las veces de una salva fúnebre para anunciar la desgracia de un gran pueblo y la incuria de los que permitian á la avaricia israelita de nuestros mercaderes el ilícito negocio de agrupar gentes en los almácigos y viveros del cólera y de la fiebre amarilla.

Ha llegado el momento ¡vive el cielo! de que se observe en los lazaretos á los que á nosotros

vienen y nos traen el cólera, y de que fundemos los barrios de obreros destinados á salvar á los pobres inmigrantes y á los que aquí vivimos de las funestas consecuencias, materiales y morales, que entraña la aglomeracion malsana de avarientos, advenedizos y mendigos. Mientras no se tomen radicales medidas serán estériles, aún cuando den benéficos resultados, los nunca bien agradecidos y varoniles esfuerzos de las comisiones de salubridad.

El paliativo alivia pero no cura.

Las habitaciones son órganos del cuerpo social que llevan á los del cuerpo humano la inmensa ventaja de que pueden rehacerse.

Fabriquemos pulmones y entrañas á la ciudad de Buenos Aires, porque los gérmenes de las enfermedades envuelven, cual tubérculos malignos, su actual organismo.

Las semillas que se acopian ó almacenan en lugares húmedos ó en graneros inadecuados, se vician, se corrompen, se inutilizan.

Tengamos especial cuidado en que la inmigracion, semilla del engrandecimiento nacional, no se pudra como el trigo arrojado al basurero.

